

Símbolos nacionales

Héctor Antonio Sánchez



Familiares en el Colegio Enrique Rébsamen, septiembre de 2017, Ciudad de México. (Fotografía: Christian Palma / Getty Images)

SEPTIEMBRE FUE UN MES MARCADO POR CONTRASTES muy hondos. No suele la vida presentarse desprovista de máscaras, sin filtros mayores que recubran el dramatismo de su luz y su sombra. Pero algo pasó en ese mes singular, como un mediodía que nos situara ante el pasmo: desnudos de nuestros propios velos.

El viernes 15 llegué a mi aula en el poniente de la ciudad. Recuerdo bien aquella tarde: un viento fresco limpiaba el aire del altiplano, un sol intenso lo devolvía a su brillo. Como sospeché, mis alumnos no llegaron a la sesión: pues, ¿quién querría pasar aquel viernes festivo encerrado entre cuatro paredes? El campus se hallaba silencioso y refulgente. Había, sin embargo, algo en el aire que convocaba una cierta opresión, una cierta nostalgia: la añoranza de un país que nunca tuvimos.

En esos días había circulado en medios la noticia de que en Puebla se hallaba desaparecida la adolescente Mara Castilla. Habíamos secretamente presentido lo peor, sin decirlo —acaso temerosos de que las palabras pudieran convocar la tragedia— pero albergado también la esperanza de que todo fuera un equívoco: una mocedad, una aventurilla, una mera confusión. No una cifra: no un expediente más en el insoportable archivero de crímenes contra mujeres en que se ha convertido México. Al azar le gustan a veces los símbolos, las penosas coincidencias: ese día, tradicionalmente de fiesta nacional, apareció el cuerpo de la chica.

El estado-nación moderno se afianzó con sus tintes singulares en el siglo XIX: fue una época de grandes proyectos de unificación, de industrias, luchas territoriales. Se alzaron mitologías delirantes: héroes y aniversarios patrios sustituyeron el fervor de santos y festividades religiosas en el calendario. Los gobiernos han repetido hasta el aturdimiento la exaltación de estas ficciones: la invención de Juan Diego y su contemplación de la Virgen fue desplazada por la invención del grito de Dolores.

Cursé la educación básica en una escuela pública: allí nos enseñaron a honrar el lábaro patrio y otros símbolos. Ese adoctrinamiento —como para todos, o

casi todos— está ligado a recuerdos de una época muy amada de nuestra vida. Quizá por ello es arduo desmantelar su fantasma: remover los escombros del reino que nos dieron en promesa. Puedo convocar aún, verso por verso, cierta canción que entonamos en un homenaje a la bandera: puedo convocar aún el entusiasmo que me producían las imágenes sobre la grandeza de mi país. Imaginaba entonces que en alguna parte yacía su zona más venerable: en la Sierra Madre Occidental; en Teotihuacan; en la invocación de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli; en la ciudad soñada en los murales de Juan O’Gorman, reproducidos en mis libros de texto gratuitos. Sentía, en suma, profundo amor por una ficción.

La noche del 15 presencié, acaso movido por esa imposible nostalgia, los fuegos pirotécnicos que se lanzaron al aire desde la explanada del Parque Lira. La delegación no dudó en su derroche: si espléndidas, las luces que ardían sobre nuestras cabezas resultaban una especie de doloroso montaje; la celebración de un país que nunca existió y cuyo lento derrumbe presenciábamos desde hace varios años, como el desmembramiento de un gigante acéfalo.

“Qué hermoso hubiera sido, pensé, observar esto desde mis ojos infantiles”. Antes del descubrimiento del miedo, del horror. No necesito recordarle a nadie lo que vino tras el hallazgo del cuerpo de Mara: la rabia generalizada, la desazón; la convocatoria a marchas; en el peor momento, la querrela entre “feminazis” y “machos progre”.

Pero nada podía prepararnos, en ese momento álgido, para lo que estaba por venir. Porque, ¿cómo sospechar entonces que el azar golpearía de nuevo, con sople irónico, casi cruel, a nuestra ciudad justo en la jornada en que recordamos una de sus heridas? Estaba encerrado en mi departamento cuando sentí el primer embate del temblor. Un estremecimiento, el crujido de paredes, gritos que se extienden por todo el edificio, un estropicio de objetos que se destrozan. Y yo, sin poder hallar la llave, viendo por la ventana cómo se balancea la estructura entera. Fui afortunado. Nada grave ocurrió.

Al salir, la ciudad parecía la misma. Sólo al leer las noticias, minutos después, pude comprender la gravedad del daño. Edificios que se desploman, polvaredas, incendios: videos que cargan el tinte de una pesadilla. Y, en la confusión, peticiones de auxilio, recomendaciones, avisos: ayuda para rescatar a los sobrevivientes, demanda de suministros. Ruidos de ambulancias en la periferia. Ningún simulacro incluyó jamás la remoción de escombros, el acopio de víveres, la caída de redes telefónicas, servicios de luz y agua. La alarma que ese día sonó demasiado tarde había convertido la amenaza de un temblor en un mero protocolo, una frase hecha, una molestia casi.

Tras el pasmo, salimos con la celeridad de las hormigas, al auxilio de los otros: al auxilio de nuestra ciudad. Con nuestras manos, con nuestros recursos: esa tarde fui por algunas provisiones para dar en donativo. Nos encerraron, cuando intentaba irme, en el establecimiento: una horda de maleantes intentaba saquearlo. Después estuve, por varios días, cargando víveres junto a una serie de desconocidos. Uno de ellos —nunca he de olvidarlo— era un muchachillo infatigable de once años, llamado Ismael, que nos instruía en el mejor modo de embalar los diversos productos. En aquel lugar ondeaba una bandera a media asta. Aquel emblema, largamente tomado por un Estado despótico, emergía ante mis ojos con un lustre tan doloroso como deslumbrante. Pues, ¿no era Ismael, también, el niño que yo fui, ante la posibilidad de amar el país en que tuvo por destino nacer, no desde el adoctrinamiento y la homologación, sino desde su mera humanidad —una capaz de burlar los discursos, las ficciones, las estrategias del poder, y aun los espejismos de la identidad—?

Es difícil ahora esclarecer el orden en que se sucedieron los eventos: el tiempo estaba fuera de su cauce. Donativos, robos; voluntarios, corruptelas. Septiembre fue un mes de contrastes: como si lo peor y lo mejor de nosotros se manifestara sin ambages. Nosotros, ¿quiénes? Había una rara hermandad en el aire, solidaridad, comunión: palabras que hemos aprendido a usar con cierta reserva, que en la escritura tenemos al borde de

la afectación. Pues, ¿no agotó el romanticismo la mención de estas virtudes? ¿No quedaron confinadas a los discursos huecos, maquinales, de la política?

Sí: hubo poemas en esos días; algunas —pocas— expresiones de arte. Pobres las más de las veces, pero sobre todo insuficientes. Tan cerca de la muerte, la creación artística pareció un acto egoísta: el horror rara vez da la cara, pero la desgracia siempre tiene un rostro humano. ¿Escribir poemas, cuando aún había personas lánguidamente respirando bajo los escombros?

Lo sabemos, el sismo sólo reveló estructuras anquilosadas desde mucho antes: la agresiva gentrificación, el corrupto paroxismo inmobiliario que vive la urbe; el hacinamiento, la carencia de acceso a recursos esenciales; la indigna vivienda, el olvido de tantas regiones del país. Porque ¿qué es un temblor? ¿Un mero accidente geológico, ante el que nos hallamos casi inermes, pequeñas hormigas del tiempo? ¿O, también, una metáfora, uno de los rotundos símbolos de septiembre, que vino a removernos de nuestro pasmo, al colocarnos desnudos frente a la muerte, sí, pero también frente a la vida?

Una semana después, volví a mi aula al poniente de la ciudad. El tiempo, fuera de su cauce, parecía larguísimo desde la aparición del cuerpo de Mara Castilla. Estaba lloviendo cuando llegué al campus; debí guarecerme a la entrada. Afuera, contra el muro exterior, se apoyaban coronas de flores, ramos en macetas, un moño negro que la escuela había colocado en memoria de los estudiantes que perecieron en el derrumbe. La lluvia azotaba la ofrenda: una de las coronas se volcó por la potencia del viento. No había nada tan desolador como aquellas flores en el suelo, a merced de la tormenta. “Ahora que baje un poco el agua, me dije, si no salen los de vigilancia, voy a poner esa corona en su sitio.”

Y entonces vi la imagen que me ayudó a recomponerme de mi propio duelo, pues al azar le gusta, a veces para bien, la recurrencia a los símbolos: una vecina de la zona, buscando dónde guardarse, pasó por el lugar. No he de olvidarla: cabello rizado, ropas de color ocre, un chal completamente mojado. Buscaba cubrirse, pero aún se dio tiempo para levantar la corona, devolverla a su sitio. Luego prosiguió su camino. Una mujer cuyo rostro no pude ver, pero cuyo gesto iba más allá de toda forma de egoísmo. Un ser sin identidad, en un acto de pureza.

En la desazón, aquello me devolvió a mi temple. Recomponernos. Poner las cosas en su sitio. Y luego seguir nuestra marcha. Reconstruirnos. Y luego seguir, seguir: seguir siempre. ■■